

HISTORIA

SOBRE LA UBICACIÓN DE LAS ISLAS
DE LOS AFORTUNADOS EN LA ANTIGÜEDAD
CLÁSICA

P O R

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO

1. La existencia real de unas determinadas islas, situadas en el Océano Atlántico, caracterizadas por una muy especial bondad del clima y de la producción vegetal, pobladas por una serie de habitantes que se encontraban inmersos en una situación de felicidad y de justicia social e individual, fue una cuestión que se convirtió en un verdadero tópico en el mundo antiguo. Incluso la afirmación de que existían unas islas de los Afortunados, constatación o mera especulación, dio tanto de sí que podemos observar su continuidad en la literatura geográfica medieval; especialmente en los autores árabes de los siglos ix al xiv podemos ver la referencia de que existían unas «islas Eternas» o «islas de los Afortunados», con una indiscutible identificación con el archipiélago de las Canarias¹.

En todo caso, los textos de la antigüedad clásica al respecto

¹ E. SERRA RAFOLS: «Los árabes y las Canarias prehistóricas», *Revista de Historia*, 15, 1949, pp. 161-177; R. MAUNY: *Les navigations médiévales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise*, Lisboa, 1960; J. VERNET: «Textos árabes de viajes por el Atlántico», *ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS*, 17, 1971, pp. 401-427. También en los textos poéticos castellanos de la Edad Media se mantiene el tema de las islas de los Afortunados, cf. A. NAVARRO: *El mar en la literatura medieval castellana*, La Laguna, 1962.

de las islas de los Afortunados son de dos tipos diferentes. Ello salta a la vista a cualquiera que realice una recopilación de los mismos. Por una parte encontramos las referencias generales del tipo que podríamos llamar filosófico y poético, pero que no dejaba de tener su amplia vertiente moralizante y religiosa. En gran manera, el mito de la existencia de las islas de los Afortunados era una autoafirmación religiosa desde el punto de vista del paganismo greco-romano. Así se lo planteaba el griego Píndaro cuando señalaba el lugar como prueba de la justa decisión de Radamanto², Tibulo cuando indicaba que la diosa Venus lo conduciría a las islas de los Afortunados³, o Virgilio: «Hecho esto, y habiendo cumplido ya con la diosa, llegaron a los sitios risueños y a los amenos vergeles de los bosques afortunados, moradas de felicidad. Un aire más puro baña aquellos campos de brillante luz»⁴.

Pero por otro lado, a partir de la época del cambio de Era, encontramos otra serie de textos que son de un contenido distinto a los anteriores, es decir, que son de naturaleza geográfica. En estos documentos se ubican las islas de los Afortunados en un lugar concreto que, a grandes rasgos, coincide con el archipiélago canario. Este es el tipo de referencias que encontramos en el siglo I en autores tales como Plinio el enciclopedista⁵ y en el siglo II en el geógrafo Claudio Ptolomeo⁶.

Esta clasificación de los textos clásicos referidos a las islas de los Afortunados nos permite establecer una determinada ordenación cronológica. Inicialmente se produce una invención de tipo literario, basado en la poesía, la filosofía y la religión pagana, acerca de un lugar en el cual los habitantes habrían logrado la plena felicidad. Tema surgido en la literatura griega pero que en el período romano tendría un especial desarrollo en poetas de época augustea. En una segunda fase, ese lugar se tendió a hacer concreto y se emplazó en un extremo del mundo conocido, en el Océano Atlántico, y en unas islas

² PÍNDARO: *Olimp.*, II, 77-73.

³ TIBULO: *Eleg.*, I, 3, 58.

⁴ VIRGILIO: *En.*, VI, 637-644.

⁵ PLINIO: *N. H.*, VI, 201 y ss.

⁶ PTOLOMEO: *Geog.*, IV, 6.

muy lejanas. Finalmente, esas islas de la felicidad se identificaron con unas más concretas, las del archipiélago de las Canarias, en el momento en el cual se detectó la existencia del mismo.

2. Diversos especialistas en Historia de la Antigüedad han estudiado, en trabajos monográficos, las fuentes literarias del mundo clásico, griegas y latinas, referentes a las islas de los Afortunados. En realidad, algunas de estas fuentes literarias clásicas eran ya conocidas y utilizadas por los eruditos desde la misma época de la conquista de las islas Canarias. A este respecto podemos mencionar como más significativo el trabajo que en 1849 publicó Sabino Berthelot; en el mismo afirmaba que los primeros exploradores reales del archipiélago canario fueron los enviados, en época de Augusto, por el rey Iuba II de *Mauritania*, mencionando algunas de las fuentes literarias acerca de las islas de los Afortunados⁷.

Pero quien en los tiempos modernos inició los estudios monográficos sobre la materia fue el sabio alemán Adolph Schulten. En un trabajo publicado en 1946 recogía toda una serie de testimonios clásicos acerca de las islas de los Bienaventurados; en este trabajo defendía que estas referencias, muchas de ellas meramente poéticas, eran tanto a las Canarias como a Madera⁸.

Los estudios sobre la cuestión continuaron con el desarrollado por Álvarez Delgado que se centró, de forma muy especial, en la mención que Plinio hizo de las islas Canarias a partir de fuentes anteriores (*Estacio Seboso, Iuba II*). Para Álvarez Delgado las islas de la Púrpura, *insula Purpurariae* del rey Iuba II de *Mauritania*, no eran otras que las Canarias; en esa época habrían sido colonizadas por gétulos destinados a estas indus-

⁷ S. BERTHELOT: *Etnografía y anales de la conquista de las islas Canarias*. Trad. de J. A. MALIBRAN, 1849, reed. de Santa Cruz de Tenerife, 1978, pp. 14-15.

⁸ A. SCHULTEN: «Las islas de los Bienaventurados», *Ampurias*, 7-8, 1945-1946, pp. 5-22. Dicho trabajo había sido ya publicado en 1926 en alemán bajo el título de «Die Inseln der Seligen». Muchas referencias, con los puntos de vista del autor, en su libro *Tartessos*, 2.ª ed., Madrid, 1971.

trias y que serían el núcleo étnico inicial de los guanches⁹. No obstante el interés de la tesis de Álvarez Delgado, hoy está prácticamente descartado que las Canarias fueran las *Purpurariae insulae*; incluso las instalaciones industriales de fabricación de púrpura para el rey *Iuba II* han sido descubiertas parcialmente por la arqueología en los antiguos islotes de Mogador, la actual Essaouira¹⁰.

La investigación al respecto de las citas clásicas sobre las islas Afortunadas fue continuada por el francés Philippe Schmitt, que centró su estudio en los textos que más claramente se referían a las islas Canarias. Schmitt dejaba de lado las referencias de los poetas y filósofos greco-romanos, para centrarse en los textos de tipo geográfico. Muy probablemente su mayor aportación a estos estudios fue la de relacionar con las Canarias, sin muchas dudas, las islas que aparecen mencionadas en el famoso «Periplo de Hannón»¹¹.

Por las mismas fechas que Schmitt, partiendo de bases y objetivos diferentes, publicaba Antonio García y Bellido un pe-

⁹ J. ÁLVAREZ DELGADO: «Las islas Afortunadas en Plinio», *Revista de Historia*, 11, 1945, pp. 26-61; tesis mencionada en su trabajo «Leyenda erudita sobre la población de Canarias con africanos de lenguas cortadas», ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, 23, 1977, p. 51. En todo caso, sobre los guanches y su procedencia africana, cf. L. DIEGO CUSCOY: *Los guanches: vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 1968; L. BALOUT: «Réflexions sur le problème du peuplement pré-historique de l'Archipel Canarien», ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, 15, 1969, pp. 133-145; G. SOUVILLE: «Remarques sur le problème des relations entre l'Afrique du Nord et les Canaries au Néolithique», *ibid.*, pp. 367-383; M. TARRADELL: «Los diversos horizontes de la prehistoria canaria», *ibid.*, pp. 385-391. Hasta hace poco la fechación más antigua por el método de C-14 era la del año 292 d. de C. en la isla de Gran Canaria, C. MARTÍN DE GUZMÁN: «Fechas de Carbono-14 para la arqueología prehistórica de las islas Canarias», *Trabajos de Prehistoria*, 33, 1976, pp. 318-328; L. DIEGO CUSCOY: «Las Canarias prehistóricas», *Historia-16*, 85, 1983, p. 46, menciona una fechación del siglo I en Gran Canaria (Caserones).

¹⁰ A. JODIN: *Les établissements du roi Juba II aux îles Purpuraires*, Rabat, 1967.

¹¹ PH. SCHMITT: «Connaissance des Iles Canaries dans l'Antiquité», *Latomus*, 27, 1968, pp. 362-391. Acerca del periplo de Hannón tratamos más adelante con abundante bibliografía.

queño librito en el cual analizaba con cierta amplitud la cuestión de las fuentes clásicas sobre las islas de los Afortunados. Incluía en sus estudios todo tipo de referencias a islas misteriosas en el Atlántico y llegaba a la conclusión de que, si bien en algunos casos podían tratarse de las Canarias, en otros muchos las citas eran de las Azores o de Madera¹².

Hace algunos años, en las páginas de esta misma revista, publicaba José María Blázquez otra síntesis general acerca de las fuentes literarias antiguas sobre todo tipo de islas desconocidas en el Atlántico. En este trabajo, Blázquez defendía que la mayor parte de estas citas eran referentes a las islas Canarias¹³.

Finalmente, en fechas más recientes ha publicado Antonio Cabrera Perera una monografía sobre las citas clásicas de las islas Canarias¹⁴. Este trabajo no avanza mucho acerca de los problemas planteados por las fuentes, fundamentalmente por el desconocimiento de la mayor parte de la bibliografía sobre la cuestión; no obstante, supone un trabajo bastante válido por recoger los textos concretos griegos y latinos con traducciones aceptables. En consecuencia, pese a no suponer un avance sustancial en las interpretaciones, sí se ha constituido en un importante elemento de trabajo.

3. La identificación de las islas Afortunadas con el archipiélago canario no es un producto de la historiografía moderna.

¹² A. GARCÍA Y BELLIDO: *Las islas Atlánticas en el mundo antiguo*, Las Palmas de Gran Canaria, 1967, en donde se analizan los datos aportados por el Pseudo-Aristóteles, periplo de Eufemo de Caria, periplo de Eudoxo, la exploración de Iuba II, la cuestión de Sertorio y las menciones de Estrabón, Mela, Plinio y Ptolomeo. Presta especial atención a la publicación de dos ánforas probablemente romanas descubiertas bajo el mar, junto al islote de la Graciosa.

¹³ J. M. BLÁZQUEZ: «Las islas Canarias en la Antigüedad», ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, 23, 1977, pp. 35-50, donde nuevamente se analizan las fuentes literarias, defendiendo que ya fenicios y cartagineses conocieron las islas Canarias.

¹⁴ A. CABRERA PERERA: *Las islas Canarias en el mundo clásico*, Las Palmas de Gran Canaria, 1988, pp. 53-76 y textos en pp. 89-97. El autor menciona un trabajo de A. HERRERA PIQUÉ: «Las islas Canarias en la antigüedad», *Revista Aguayro*, núm. 167, septiembre-octubre de 1986, 20 páginas que no hemos podido consultar.

Nuestro trabajo está dedicado al seguimiento de la cuestión de las mencionadas islas, cómo el mito del paraíso pagano se trasladó a una zona concreta y cuando en el lugar que se suponía debía encontrarse efectivamente aparecían un conjunto de islas. Por nuestra parte no vamos a tratar de realizar una recopilación de las fuentes literarias, ni siquiera a su detenido análisis, temas para los cuales remitimos a los trabajos mencionados más arriba. Esta investigación está orientada a profundizar en el contexto histórico de las fuentes clásicas acerca de las islas Canarias.

Ya en el siglo I a. de C., y en el ámbito de la romanización, era muy clara o evidente la identificación de las islas de los Afortunados con el archipiélago de las Canarias. Este hecho lo detectamos perfectamente en el año 81 a. de C. cuando el general romano Sertorio, en el contexto de las guerras civiles romanas en *Hispania*, sintió la tentación de refugiarse en las llamadas islas de los Afortunados, retirándose así de todo tipo de actividad pública o militar. En Roma no existía precisamente una información precisa al respecto. Cuando más tarde el poeta Horacio hable de las islas de los Afortunados, lo hará de una forma muy general, sin que ello significara una ubicación concreta: «Nos llama el Océano circunvago. Y en él copiosos campos e islas privilegiadas nos esperan: Islas en las que el suelo, sin cultivo, se dora cada año de cosechas...»¹⁵.

Por el contrario, Sertorio encontró en el Sur de *Hispania* magníficos informantes. En la ciudad de *Gades*, principal puerto de navegación por el Atlántico, Sertorio obtuvo una información bastante completa: las islas de los Afortunados eran dos, muy próximas la una a la otra, distantes unos diez mil estadios de navegación de *Gades* y que, al decir de sus informantes, corresponderían con las antiguamente citadas por los filósofos como islas de los Afortunados¹⁶.

¹⁵ HORACIO: *Epod.*, XVI, 41-44; A. CARRERA FERERA, *op. cit.*, texto en p. 95 y trad. en la p. 63.

¹⁶ SALUSTIO: *Hist.*, t. 100-102; A. SCHULTEN: *F. H. A.*, IV, Barcelona, 1937, p. 166. Resulta significativo, por otra parte, que desde *Gades* Sertorio pasara a la ciudad mauritana de *Tingi* (Tánger) a luchar en una revuelta social que allí había estallado. El paso a la *Mauritania* es otro indicio

Plutarco, en su panegírico de Sertorio, se extiende algo más acerca de la cuestión. Para ello utiliza la misma fuente que Salustio: «Allí se encontró con unos marinos que acababan de llegar de dos islas del Atlántico separadas entre sí por un angosto estrecho. Distan diez mil estadios del continente africano y son llamadas las Afortunadas. Gozan... de tal manera que entre aquellos bárbaros es muy frecuente la creencia de que allí era donde estuvieron los Campos Elíseos, mansión de los Bienaventurados cantados por Homero»¹⁷.

Los autores que han analizado este texto han llegado a diversas conclusiones acerca del mismo¹⁸. En nuestra opinión, no obstante, creemos que existe un dato que parece identificar estas islas con las Canarias. Salustio ofrece la distancia acertada de las mismas con respecto a *Gades*. Por el contrario, Plutarco equivoca profundamente las distancias al consignar los diez mil estadios no desde *Gades* sino desde la costa africana. Pero el texto de Plutarco, que lee erróneamente una fuente común a Salustio, es importante ya que indica claramente que las islas de los Afortunados se hallaban frente al continente africano.

acerca de que las mencionadas islas no eran otras que las del archipiélago canario. Más adelante tratamos acerca de las navegaciones de los gaditanos hacia las costas marroquíes.

¹⁷ PLUTARCO: *Sertorio*, VIII. Aquí el autor confunde los diez mil estadios de distancia de *Gades* pero indica certeramente que las islas se hallaban frente a África, lo cual las identifica con las Canarias. El gusto de Sertorio por los episodios mitológicos de la región se demuestra con su intento de abrir la supuesta tumba del gigante Anteo que había fallecido en su enfrentamiento con Hércules; STRABON, XVII, 3, 7. Acerca de este episodio, E. GOZALBES: «El culto indígena a los reyes en Mauritania Tingitana. Surgimiento y pervivencia», *Memorias de Historia Antigua*, 5, 1981, pp. 155-157.

¹⁸ A. SCHULTEN, *op. cit.*, consideró que las islas no podían ser otras que Madera y Porto Santo; A. GARCÍA Y BELLIDO, *op. cit.*, pp. 22-23, y J. M. BLÁZQUEZ, *op. cit.*, p. 43, se inclinan por las Canarias. A. CABRERA PERERA, *op. cit.*, p. 58, acepta sin discusión que es referencia a las Canarias, afirmando: «Según opinión muy admitida las dos islas a que se refiere el autor son las dos islas capitales, Gran Canaria y Tenerife; aunque también es muy probable que pueda referirse a Lanzarote y Fuerteventura, las dos islas más cercanas a los continentes europeo y africano.»

4. Como señalamos al principio de este trabajo, en el mundo antiguo se originó un mito acerca de la existencia de un lugar concreto en el cual no cabía ni la infelicidad, ni la enfermedad, ni mal de tipo alguno. Una tierra en la cual se situaría la morada de los felices y de los justos, cuya posesión sería patrimonio de los elegidos por los dioses. Sería además ése un lugar perfectamente organizado y en el que reinaría la armonía y la justicia absoluta. A todas estas cualidades se sumaba otra importante: la de ser una tierra de enorme fertilidad y que poseía un clima extraordinariamente agradable.

Acerca de la sociología de los mitos clásicos hay mucho escrito y queda poco nuevo por decir en una cuestión que, por otra parte, tiene mucho de subjetividad e interpretación actual. No obstante, ese mundo ideal de la mansión de los justos y los Afortunados vendría a ser la continuación de una perdida y pasada edad de oro, de un momento original platórico de felicidad en la existencia de la Tierra y en la vida del hombre. Esta visión del pasado como paradisiaco, acerca de que todo tiempo pasado fue mejor y que el ritmo de los tiempos en lugar de progreso marcaba decadencia, fue una constante en el mundo antiguo¹⁹. Esta «Edad de Oro» es un socorrido mito literario que llega hasta el elogio de la «Edad de Oro» contenida en el *Quijote*. Pero el mito aparece ya reflejado en la obra *Los trabajos y los días* escrita en el siglo VII a. de C. por el griego Hesíodo²⁰. Precisamente Hesíodo, en su descripción de esa etapa áurea en la vida humana, mencionaba a los «Bienaventurados» aunque no ubicaba su tierra en lugar concreto alguno²¹.

5. Pese a lo indicado, fue Hesíodo el primer escritor griego que mencionó unas islas como el lugar del reino de la felicidad. En un párrafo distinto al antes citado indicaba lo siguiente:

¹⁹ S. MAZZARINO: *El fin del mundo antiguo*, México, 1961.

²⁰ Al respecto, cf. G. MOROCHO: «El mito de la edad de oro en Hesíodo», *Perficat*, 4, 1973, pp. 65-100. Sobre la cuestión igualmente pueden consultarse las breves referencias de J. CARO BAROJA: *La aurora del pensamiento antropológico. La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid, 1983, pp. 13 y ss.

²¹ HESÍODO: *Trabajos y días*, 137.

«Éstos viven con un corazón exento de dolores en las Islas de los Afortunados, junto al Océano de profundas corrientes, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces año, dulces como la miel»²². En consecuencia, en Hesiodo, ya en el siglo VII a. de C., el mito de las islas de los Afortunados estaba plenamente presente y además se ubicaban estas islas en el Océano. Más adelante trataremos acerca del valor de la cita del Océano en Hesiodo.

Con anterioridad a Hesiodo había sido otro poeta, el famoso Homero, el creador de mito acerca de la existencia de una tierra de los Afortunados. Es bien cierto que Homero ni le dio ese nombre ni la ubicó en islas, elementos ambos que sería Hesiodo el primero en incorporar. Pero el concepto que ofrece Homero sería posteriormente reelaborado por los escritores para la fijación de las islas en un lugar concreto del Atlántico. En los versos de Homero encontramos lo siguiente: «los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde está el rubio Radamanto. Allí la vida de los hombres es más cómoda, no hay nevadas y el invierno no es largo, tampoco hay lluvias sino que el Océano deja paso a los soplos de Zefiro que sopla serenamente para refrescar a los hombres»²³.

La creación literaria de Homero acerca de los Campos Elíseos será el punto de partida para la ubicación en el Océano Atlántico de las islas de los Bienaventurados. Ya en época de Augusto encontramos la plena identificación de los Campos Elíseos con las islas de los Bienaventurados, y su ubicación en las islas Canarias. Buen ejemplo a este respecto es el geógrafo Strabon. Llevado por su entusiasmo por Homero, a quien considera supuestamente como el padre de la ciencia geográfica, Strabon considera que el poeta griego incluso había hablado de las islas de los Bienaventurados; así en la relación de zonas que Homero habría mencionado, incluye Strabon: «También las islas de los Bienaventurados que se hallan frente a los confines de la *Maurosía* hacia el Poniente, hacia donde concurre también el límite occidental de *Iberia*. A juzgar por su nombre

²² HESÍODO: *Trabajos y días*, 171-173.

²³ HOMERO: *Odissea*, IV, 563-569.

resulta evidente que también estas islas fueron tenidas como felices por estar próximas a estas regiones²⁴. La convicción de Strabon acerca de que Homero había conocido la existencia real de las islas de los Bienaventurados, situadas en el Océano Atlántico, no es otra cosa que una plasmación de algo que resultaba obvio para muchos autores clásicos.

6. A partir de la interpretación que se realizaba del mencionado texto de Homero, lo que no era otra cosa que una plasmación literaria de determinados mitos comenzó a tener notables contenidos de realidad. En efecto, la tierra de la felicidad, la establecida en las islas de los Bienaventurados, sería una continuidad viviente de los primitivos orígenes, de la «edad de oro», del mejor y más feliz tiempo pasado. Normalmente estos paraísos y jardines paradisíacos, esos preciosos reinos de la felicidad y de la justicia más perfecta, los antiguos griegos los colocaron precisamente en islas. Ese carácter insular presentaba una notable ventaja, la de posibilitar y explicar el aislamiento de los Bienaventurados con respecto a los restantes hombres.

En este sentido, el mito de una tierra de los Afortunados estaba destinado a concretarse en una o varias islas. Éste no fue un caso único ni mucho menos. Precisamente el filósofo Platón situó su famoso mundo utópico en la Atlántida, en una isla más o menos extensa pero que, significativamente, también ubicó en el Océano Atlántico. Pero el desarrollo del mito platónico acerca de la Atlántida y de su organización utópica, acerca de lo cual no nos vamos a extender por ser una cuestión architratada, influyó de manera no menos decisiva que el texto de Homero en la creación del mito de las islas de los Afortunados.

²⁴ STRABON, I, 1, 5. No obstante, también algunos griegos realizaron otra interpretación distinta. En el siglo v a. de C. HERODOTO, III, 26, hablaba de la isla de los Bienaventurados como una región así nombrada por los griegos y ubicada al Sur de Egipto. No obstante, el planteamiento no deja de estar directamente emparentable con el de las islas Canarias; en esa época se creía que el continente africano era de tamaño mucho menor y que el Nilo procedía del Océano de la zona de las islas de los Afortunados.

En efecto, para Platón la isla Atlántida se caracterizaba por su inmensa fertilidad, «la isla, iluminada entonces por el sol, producía todos estos frutos vigorosos, soberbios, magníficos y en cantidades inagotables»²⁵. Datos sobre la antigua Atlántida que continuarían manteniendo los posibles restos de esa tierra que serían las islas de los Afortunados.

Otro autor del siglo III a. de C., Iambulo, describía de forma no menos imaginaria una isla maravillosa cuyos habitantes «viven en praderas donde encuentran todo lo necesario para subsistir, porque producen más frutos de los que precisan gracias a la bondad del sol y a la suavidad del clima»²⁶. Aunque Iambulo no ubica en un lugar ni concreto ni general la supuesta isla podemos ver de nuevo ese mito acerca del paraíso insular.

Un autor de los alrededores del año 300 a. de C., Clitarchos, escribió una biografía, desgraciadamente perdida, de Alejandro Magno. Pero sabemos que, según Clitarchos, a Alejandro Magno se le informó de la existencia en el Océano Atlántico «de una isla tan rica que sus habitantes daban un talento de oro por un caballo... y un monte sagrado cubierto de una sombría selva cuyos árboles exhalaban un olor de maravillosa suavidad»²⁷.

Por otra parte, la ubicación en islas de estas tierras maravillosas no es exclusiva de los autores de la antigüedad clásica. Entre los árabes encontramos la misma consideración; con anterioridad a que la lectura de Ptolomeo, traducido al árabe,

²⁵ PLATÓN: *Critias*, 115. Sobre la Atlántida, A. SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., Madrid, 1971, pp. 159 y ss.; A. GARCÍA Y BELLIDO: «La Atlántida», *Atlántida*, 1, 1963, pp. 461-475; F. WATTEMBERG: «Saltes, la isla Atlántida y Tartessos», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid*, 32, 1966, pp. 125-205; C. BERLITZ: *The mystery of Atlantis*, Nueva York, 1969; M. BALLESTEROS GAIBROIS: «La idea de la Atlántida en el pensamiento de los diversos tiempos y su valoración como realidad geográfica», *ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS*, 17, 1971, pp. 337-346. El mito de la Atlántida, sobre el que no nos extendemos por ser bien conocido, se ha relacionado tanto con las islas Canarias como con la ruina de Tartessos. En la antigüedad rechazó la existencia real de la Atlántida el filósofo ARISTÓTELES que la consideró una mera elucubración poética, pero fue considerada como cierta por POSIDONIO.

²⁶ IAMBULO en DIODORO DE SICILIA, II, 57.

²⁷ CLITARCHOS en PLINIO: *N. H.*, VI, 198.

ilustrara acerca de la existencia concreta de las Canarias, en las *Mil y una noches* aparece mencionado un personaje que era «señor de numerosas tropas y de muchedumbre de eunucos y esclavos consagrados al servicio de su persona y que reinaba sobre unas islas llamadas Islas Eternas (o Afortunadas) en la frontera del país de los persas»²⁸. Y no digamos menos de la isla «Utopía» que, siguiendo el modelo platónico, ideó el humanista inglés del Renacimiento, Tomás Moro (1478-1535).

En consecuencia, las islas eran un buen elemento inicial para ubicar un mundo de afortunados. Debido a su aislamiento y entorno cerrado, las ventajas proporcionadas por el clima, la fertilidad y la organización social, no podían estar extendidas a un ámbito más amplio. Esta es la explicación del primer dato fundamental en la recreación literaria y filosófica que realizó el mundo antiguo a partir del texto mítico de Homero: la tierra de los Afortunados tenía que estar ubicada en una o más islas. En consecuencia, no puede extrañarnos que ya en Hesiodo, poco posterior a Homero, ya aparezca esa tierra de los Afortunados como un conjunto de islas.

7. No obstante, la invención de un paraíso como perdurable todavía en unos momentos presentes tenía el grave problema de que su inexistencia podía ser constatada con cierta facilidad. Unas islas de los Afortunados situadas en el Mediterráneo pronto habrían sido visitadas, con toda clase de intenciones, por parte de navegantes, comerciantes y aventureros. En efecto, una segunda característica imprescindible debía de tener la ubicación de las islas de los Afortunados: la de tener una lejanía muy extrema con respecto a los centros frecuentados por los navegantes griegos. Los pueblos cuya existencia solamente residía en la imaginación, la literatura homérica o el mito, debían de ser alejados lo más posible de Grecia. Una ubicación cercana hacía inexplicable que no fueran conocidos. De esta forma, las amazonas, las famosísimas mujeres guerreras, o los pigmeos, ambos mencionados inicialmente por Homero, debían de situarse

²⁸ *Mil y una noches*, noche 148. Citaremos por la traducción de R. CANSINOS, México, 1966, t. I, p. 1049.

en lugares extremos y desconocidos. Como se ha indicado ya en algunas ocasiones, en los extremos del mundo conocido, en las zonas de los «bárbaros imaginarios», los griegos supusieron tanto la existencia de grandes maravillas y de increíbles riquezas como de lugares que producían el horror y la repulsión²⁹. La maravillosa tierra de los Afortunados, agraciada por el clima, por la vegetación y por la felicidad y la justicia, tenía que estar situada en un extremo del mundo bien alejado de Grecia.

8. Quedaban, no obstante, muchas posibilidades acerca de lo que eran los extremos del mundo para los griegos. Recordemos, a título de ejemplo, la creencia griega (igualmente heredada a partir de la lectura de Homero) acerca de la existencia de dos clases de hombres extraños que habitaban los extremos norteños y sudeños del mundo, los fabulosos «hiperbóreos» e «hipernotos». La discusión que al respecto de los mismos entablaba Strabon en su obra geográfica resulta preciosa y demuestra la gran ingenuidad de algunas creencias helénicas. Pero éstos eran seres fabulosos, desfigurados por las malas condiciones, especialmente, el excesivo frío y el no menos excesivo calor.

Los griegos de los siglos VI al IV a. de C. tenían conocimientos acerca de considerables realidades geográficas. La Europa oriental, la tierra de los escitas, fue explorada por Demócrito de Abdera en el siglo V a. de C. Los griegos establecidos en Cirene y Egipto tenían ciertos conocimientos sobre el interior del continente africano; en el siglo IV a. de C. Piteas de Massalia exploró las costas atlánticas de Europa y Britania; los contemporáneos de Alejandro Magno, impulsados por éste, también realizaron exploraciones en Asia. En todos estos territorios extremos y cuyo contacto era conocido, no poseían en absoluto un clima benigno. Es más, todo hacía indicar que cuanto más se alejaran los griegos, en las zonas más extremas, hacía cada vez más calor o más frío. Y sin embargo, las islas de los Bienaventurados tenían que estar situadas en un lugar de buen clima. Todos esos territorios, tanto hacia el Norte, como hacia el Sur como

²⁹ C. DELACAMPAGNE: *Racismo y Occidente*, Barcelona, 1983.

hacia el Este tenían que ser descartados como poseedores de una temperatura y humedad apacibles.

El concepto, en este sentido, estaba plenamente determinado. En época de Augusto el ya mencionado Estrabón realizaba una clasificación del mundo a partir de los distintos climas. Hacia el Norte había una zona excesivamente fría y desagradable para la vida del hombre; en el entorno del Mediterráneo había dos zonas templadas (una templado-fría y otra templado-cálida); hacia el Sur, en África, existía primero una zona tórrida y en el extremo Sur una de extraordinaria frialdad³⁰. Esta concepción geográfica de los griegos predeterminaba claramente la posible ubicación de esa tierra de la felicidad.

9. Si éstas eran las condiciones climáticas de las restantes zonas extremas del mundo, por el contrario, el extremo Occidente, más en concreto el Océano Atlántico, tenía notables ventajas para la ubicación de las islas Afortunadas. A esta zona extrema y en buena parte desconocida los griegos habían llevado una gran cantidad de mitos. El contexto histórico en el cual se produjo este traslado de mitos al Occidente es conocido desde hace tiempo. Aunque se discute el valor real del hecho, es generalmente aceptada la tesis del «cierre del Estrecho de Gibraltar». Hacia el año 500 a. de C. los griegos habrían visto vetada su participación en el comercio del Atlántico por parte de los cartagineses. A partir de esas fechas, los griegos no habrían podido navegar con fines comerciales por el Atlántico en búsqueda del oro y la plata de Tartessos, el estaño y las pieles de Bretaña, o el marfil y las pieles del África atlántica³¹. Fue en ese momento cuando, en frase bastante feliz de Jérôme Car-

³⁰ STRABON, II, 5, 3.

³¹ El cierre del Atlántico para la navegación de los griegos aparece ya documentado en PINDARO hacia el 475 a. de C.; cf. A. SCHULTEN: *F. H. A.*, II, Barcelona, 1925, p. 25. Fue entonces cuando surgieron las leyendas acerca de los monstruos marinos que poblarían el Océano Atlántico y que evitarían la navegación en el mismo tanto hacia el Norte como hacia el Sur. Esos monstruos son ya citados por PINDARO: *Nemea*, III, 20, y en el relato de la exploración del cartaginés HÍMILCON, recogido en AVIENO: *Or. mar.*, 411 y ss.

copino, los griegos al no poder enviar al Occidente a sus hombres decidieron enviar a sus dioses³².

10. Uno de los mitos, relacionados con las islas de los Afortunados, y ubicados igualmente en el Occidente fue el del Jardín de las Hespérides. En efecto, los griegos (apoyados indudablemente por los cartagineses) situaron el mencionado Jardín de las Hespérides en la ciudad púnica y después romana de Lixus, cerca de la actual Larache. Era ésta, después de *Gades*, el principal puerto del comercio atlántico en la vertiente del Sur. En *Lixus* habría estado el Jardín del cual Hércules habría robado las manzanas de oro. Pero con el conocimiento más exacto y directo de la zona atlántica de la *Mauritania* (actual Marruecos) resultaba difícil de mantener esa ubicación. Plinio el enciclopedista, en el siglo I d. de C., ya indica que en *Lixus* se situaba el combate de Hércules con el gigante Anteo y el famoso Jardín de las Hespérides pero no dejaba de afirmar, con notable ironía, que del famoso jardín de manzanas de oro solamente quedaban algunos escasos acebuches³³. Plinio indicaba que en el estuario del río *Lixus* se había ubicado el Jardín, interpretándose los meandros de este río como las líneas sinuosas del contorno del dragón que guardaba las manzanas de oro. No obstante, ya era inmantenible esa ubicación y el excepcionalismo de Plinio resulta significativo. Por esta razón en la época ya el Jardín de las Hespérides se situaba en las islas de las Hespérides que no eran otras que una parte de las mismas Ca-

³² J. CARCOPINO: *Le Maroc Antique*, París, 1943. Cf. al respecto, C. POSAC: «Las leyendas clásicas vinculadas con las tierras del Mogreb», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 1, 1964, pp. 23-64.

³³ PLINIO: *N. H.*, V, 3-4: «A 35.000 pasos de *Zilis* se encuentra *Lixus* a la que Claudio convirtió en colonia. Fue para los antiguos objeto de extraordinarias leyendas. Aquí situaron el palacio de Anteo, su combate con Hércules, el jardín de las Hespérides. El mar penetra en un estuario formando un meandro sinuoso, detalle geográfico con el que hoy día se explican los dragones que guardaban el jardín. Este estuario tiene una isla que, aunque aislada y más baja que el litoral vecino, no es cubierta por la marea. Queda aquí un altar de Hércules pero del famoso bosque de manzanas de oro, objeto de leyendas, no quedan otra cosa que acebuches.»

narias. Se produciría así una cierta identificación entre las antiguas islas de los Afortunados y las nuevas islas de las Hespérides.

11. Este traslado desde *Lixus* a las Canarias de la tierra de las Hespérides, ahora convertida en islas, es perfectamente detectable en la época del cambio de Era en Estacio Seboso, poco después en Plinio y también en el resumen realizado por Isidoro de Sevilla: «Islas de las Hespérides, llamadas así de la ciudad de Hespérides. Están situadas al final de la Mauritania y más allá de las islas de las Górgadas, en la misma orilla del atlántico, cerca de sus abismos. La fábula dice que en sus huertos hay un dragón que guarda las naranjas. Se dice que allí está el estuario del mar tan tortuoso que, visto desde lejos, parece imitar las sinuosidades de una serpiente»³⁴. Puede observarse la extraordinaria cercanía del estuario mencionado en las islas Canarias con el descrito por Plinio como existente en *Lixus*.

12. Dentro del conjunto de visiones acerca de tierras paradisíacas, el mito de las islas de los Afortunados no fue tampoco el único que se trasladó al Occidente. Homero, y con él la tradición mitológica griega, había mencionado como inmerso en las aventuras de Ulises al supuesto pueblo de los lotófagos. Serían éstos unos individuos que solamente se alimentarían del loto, un mito cercano al del «maná» judaico. En la época cartaginesa el pueblo de los lotófagos se situaba en el Norte de África, no lejos de la propia Cartago³⁵. Pero ya en momentos posteriores, cuando los romanos habían hecho acto de presencia en el Occidente, se tendió a situar estos lotófagos en la costa atlántica de África. Concretamente ya el griego Artemíodoro, autor de los alrededores del año 100 a. de C., de un tratado acerca de los puertos marítimos, situaba estos lotófagos en algún lugar de la costa del Sur de Marruecos, por tanto no lejos de las islas Canarias, donde se alimentaban de la hierba y de la raíz del loto³⁶.

³⁴ ISIDORO: *Eth.*, XIV, 6, 10.

³⁵ *Periplo de SCYLAX*, 108. Acerca del tema de Homero y el Occidente, cf. R. DIÓN: *Aspects politiques de la géographie antique*, París, 1973.

³⁶ STRABON, III, 4, 4; XVII, 3, 8; DIONISIO: *Perieg.*, 206.

Strabon también toma de Artemíodoro el mito acerca de la existencia de los lotófagos: éstos habrían emigrado a la costa del Sur de Marruecos donde, en regiones sin agua, suplían esta carencia mediante la alimentación del loto, hierba y raíz; estos lotófagos, por el interior de África, se extenderían hasta la región de Cirene donde ya se alimentaban de leche y carne³⁷.

De hecho, un conjunto nada despreciable de las navegaciones de Ulises se trasladaron al Océano Atlántico, tanto a las costas africanas como a las europeas³⁸. Precisamente, como consecuencia de este traslado al extremo Occidente, al Atlántico, de muchas navegaciones de Ulises, se situó en la zona la tierra de la felicidad y de la riqueza. Para ver esta relación de Homero con el Atlántico y de escritores griegos posteriores ubicando aquí las tierras de la felicidad, basta leer diversos párrafos de la obra de Strabon³⁹. Precisamente en esa felicidad de los hombres del Occidente radicaría la explicación de las antiguas incursiones a la Península Ibérica, según Estrabón primero de Hércules, después de los púnicos y, finalmente, de los romanos⁴⁰.

13. En suma, tenemos por tanto ya la tierra de los Afortunados situada con una cierta precisión. La mención del Océano, en Hesíodo y en Homero, facilitaba la ubicación en el Atlántico de la supuesta tierra de la felicidad y la bonanza del clima. La necesidad de un aislamiento de la misma le imponía una situación en una o más islas. Quedaba ya, solamente, el situar esas islas en un lugar concreto, identificándolas con algunas realmente existentes. La ubicación en el Atlántico Norte no podía tener muchos defensores. Todos los que habían navegado por

³⁷ STRABON, XVII, 3, 8.

³⁸ Este traslado de las navegaciones de Ulises al Atlántico lo encontramos reflejado por vez primera, hacia el 170 a. de C., en CRATES DE MELLOS. La máxima expresión la encontramos en STRABON, III, 2, 13: «Me parece cierto que Odiseo llegase a estas tierras en su expedición»; III, 4, 3, utilizando al respecto el testimonio de ARTEMIDORO; III, 4, 4: «no es de admirar que el poeta Homero describiese los viajes de Odiseo de una manera novelesca, suponiendo que la mayor parte de sus hazañas las había realizado más allá de las columnas, en el Océano Atlántico».

³⁹ STRABON, I, 1, 4; III, 2, 13, etc.

⁴⁰ STRABON, I, 1, 4.

las aguas cercanas a Gran Bretaña eran unánimes en señalar las inclemencias de esas tierras y mares, donde hacía frío en exceso. Ello reducía ampliamente las posibilidades. El calor del Sur podía ser matizado fuertemente por la humedad oceánica. Quedaban, por tanto, dos opciones acerca de la ubicación de esa tierra de la felicidad. Las islas de los Afortunados, mencionadas por los poetas y mitólogos, situadas en el Atlántico y en islas, debían de estar bien hacia el Sur, junto al continente africano, bien al Oeste mar adentro. El hecho de que un autor u otro ubique hacia estos lugares las islas de los Afortunados no indica un conocimiento real de las mismas. El mito de las islas de los Afortunados existía previamente, su ubicación atlántica era igualmente previa, su colocación aproximada era también previa. Sólo faltaba el conocimiento concreto de unas islas a las cuales aplicar las características conocidas. La vacilación va a ser permanente. Como veremos, las islas de los Afortunados, no siempre con este nombre aunque sí con sus características, se situaban unas veces en alta mar, hacia el Oeste, y en otras junto a África, hacia el Sur. Por esta razón, unas veces son identificables con las Canarias y en otras con las Azores o Madera.

14. La primera alusión de los textos clásicos que tiene que traerse a colación es una mención griega acerca de una isla de Sátiros⁴¹. Según el relato un griego, Eufemo de Caria, habría sido desviado por las corrientes desde Italia al Atlántico. El hecho es inaceptable. No lo es la concepción griega que se expresa, a saber, que en el Atlántico había muchas islas, unas desiertas y otras pobladas por hombres salvajes. El relato del acontecimiento, unas islas llamadas Satíridas y pobladas por sátiros, es igualmente inaceptable como reflejo de un conocimiento real⁴². El supuesto viaje de Eufemo de Caria no es otra

⁴¹ PAUSANIAS, I, 23, 5-6.

⁴² Sobre este relato y otros similares remitimos a los trabajos de síntesis de M. CARY y W. H. WARMINGTON: *The ancient explorers*, Londres, 1932, trad. francesa, París, 1932 (no existe traducción española); J. MALUQUER: *Exploraciones y viajes en el mundo antiguo*, Barcelona, 1950; J. E. CASARIEGO: *Los grandes periplos de la antigüedad*, Madrid, 1949.

cosa que una leyenda o un invento, no puede buscarse en este relato una mención a islas concretas algunas.

15. Distinto es el caso del periplo de Hannón. Los fenicios habían navegado por estas aguas desde tiempos muy antiguos. A finales del siglo VII a. de C. incluso habían logrado la circunnavegación del continente africano partiendo del mar Rojo⁴³. No obstante, no puede aceptarse la verosimilitud de la denominada «inscripción fenicia de Paraiba» (Brasil): en la misma se indica que, costeando el África, las corrientes habrían llevado el barco fenicio hasta... el continente americano⁴⁴. No es necesario admitir la veracidad de la inscripción, indudablemente una falsificación inspirada por el texto de Herodoto, para saber que los fenicios y cartagineses tuvieron un conocimiento considerable de una parte de la costa atlántica africana.

El periplo de Hannón ha sido objeto de multitud de estudios y ha dado lugar a una interminable polémica⁴⁵. El relato del

⁴³ HERODOTO, IV, 42.

⁴⁴ F. PÉREZ CASTRO: «La inscripción fenicio-cananea de Paraiba (Brasil)», ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, 17, 1971, pp. 307-333, donde se recoge la polémica.

⁴⁵ Edición principal del texto en C. MULLER: *Geographi Graeci Minores*, París, 1855. Ediciones, traducciones y estudios, entre otros mencionamos como principales, H. ENTZ: *Mémoire sur le périple d'Hannon*, París, 1855; A. TREVE: *Le périple d'Hannon*, Lyon 1888; C. T. FISCHER: *De Hannonis Carthaginiensis periplo*, Leipzig, 1893; K. E. KILLING: *Des Periplus des Hanno*, Dresde, 1899; J. CARCOPINO, *op. cit.*; J. E. CASARIEGO: *El periplo de Hannón de Cartago*, Madrid, 1947; A. DILLER: «The tradition of the minor geographers», *Philological monographs published by the American Philological Association*, 14, 1952; G. GERMAIN: «Qu'est que le Périple d'Hannon», *Hespéris*, 44, 1956, pp. 205-248; S. SEGERT: «Phoenician background of Hanno's Periplus», *Melanges de l'Université Saint-Joseph de Beyrouth*, 45, 1969, pp. 502-518; R. MAUNY: «Le Périple d'Hannon, un faux célèbre concernant les navigations antiques», *Archéologia*, 37, 1970, pp. 76-80; G. PRICARD: «Le périple d'Hannon n'est pas un faux», *Archéologia*, 40, 1971, pp. 54-59; F. LALLEMAND: *Journal de bord de Hannon le Cartaginois*, París, 1973; J. RAMIN: *Le périple d'Hannon. The periplous of Hanno*, Oxford, 1976; J. BLOMQUIST: *The date and origin of the Greek version of Hanno's Periplus*, Lund, 1979.

mismo, indudablemente alterado ya en la antigüedad por los copistas, es una de las pocas obras de literatura cartaginesa que se han conservado. El texto presenta dos partes bien diferentes. Relata dos hechos que tienen poco que ver el uno con el otro. El primero de ellos es la mención de una colonización cartaginesa realizada en la costa que va desde Tánger hasta el río *Lixus*. La interpretación tradicional ha partido de una base que resulta esencialmente errónea desde el primer punto. Este río *Lixus* mencionado por el texto de Hannón no tiene absolutamente nada que ver con el actual Dráa; en todos los textos de la antigüedad el *Lixus* es el actual Lukus.

Este error en la consideración del río *Lixus* afecta a la interpretación de todo el texto. La segunda parte narra un viaje de exploración al Sur de la *Maurosía*. La interpretación tradicional, ya alterada por el error antes señalado, llevaba las navegaciones de Hannón hasta el mismo golfo de Guinea. Lo que se desprende del texto es bien diferente. El punto de partida de la exploración fue la isla de Cerné, indudablemente la actual Essaouira⁴⁶. Después de explorar toda la zona costera del Sur de Marruecos, la expedición llegó a un lugar determinado: «Navegamos durante cinco días a lo largo de la costa hasta llegar a una gran bahía que nuestros intérpretes llamaron Cuerno del Oeste. En ella había una gran isla y en la isla un lago de agua salada, dentro del que había otra isla en la que desembarcamos. De día no podíamos ver nada más que el bosque, pero por la noche distinguíamos muchas hogueras y oíamos sonidos de flautas, de címbalos y tímpanos y gran estrépito de voces. El terror se apoderó de nosotros y los adivinos aconsejaron abandonar la isla»⁴⁷.

La interpretación tradicional ha llevado la ubicación de este episodio poco menos que en el Congo. Nada más lejos de la realidad. Este Cuerno del Oeste de Hannón, es el *promunturium Hesperu* de Polibio, perfectamente ubicable en el cabo *Juby*⁴⁸, es el *Hespérou Kéras* de Pomponio Mela⁴⁹ y el *Hesperu*

⁴⁶ *Periplo de Hannón*, 8.

⁴⁷ *Periplo de Hannón*, 14.

⁴⁸ POLIBIO en PLINIO: *N. H.*, V, 10.

⁴⁹ MELA, III, 99.

Ceras de Plinio⁵⁰. Las islas a las que se refiere Hannón estaban indudablemente frente al Cuerno del Oeste, es decir, frente al cabo Juby. Esta constatación indica que las islas descritas por el cartaginés Hannón no pudieron ser otras que las Canarias.

La tesis de que las islas descritas por Hannón en el Atlántico son las islas Canarias no es, ni mucho menos, novedosa. No cabe duda de que el texto del periplo está bastante alterado, pero solamente esta interpretación salva los problemas del mismo. Fundamentalmente mencionamos el trabajo de Schmidt como el que más claramente defiende que las islas descritas no son otras que las Canarias.

El mismo periplo de Hannón indica que la exploración continuó desarrollándose por otras islas del archipiélago canario. Por ejemplo, una de ellas en aquel momento presentaba actividad volcánica: «Navegamos apresuradamente y pasamos frente a una costa ígnea, llena de incienso ardiente; grandes corrientes de fuego y lava fluían hasta el mar, y era imposible acercarse a tierra a causa del calor»⁵¹. La actividad volcánica era muy considerable, tal y como se deduce del párrafo siguiente: «Dejamos aquello a prisa por temor, y durante cuatro días de navegación vimos de noche la tierra envuelta en llamas. En medio había una llama altísima, muy superior a las otras, que al parecer llegaba hasta las estrellas. De día vimos que se trataba de una montaña muy alta, llamada Carro de los Dioses»⁵².

Para Schmidt no hay dudas al respecto de este texto: este importante volcán llamado «Carro de los Dioses» no es otro que el Teide. Existe un fuerte argumento en favor de esta identificación puesto que hasta el fondo del golfo de Guinea no encontraríamos otro paraje como el indicado, con un volcán de este tipo. Un volcán que llegaba a lanzar incluso ríos de lava al mar: «navegando desde allí durante tres días pasamos corrientes ardientes de lava y llegamos a un golfo llamado Cuerno del Sur»⁵³.

⁵⁰ PLINIO: *N. H.*, VI, 199 y 201.

⁵¹ *Periplo de Hannón*, 15.

⁵² *Periplo de Hannón*, 16.

⁵³ *Periplo de Hannón*, 17.

Finalmente, existe un muy confuso texto del mismo periplo que habla de otras nuevas islas diferentes de las anteriores. Para Schmidt éstas son las más alejadas del archipiélago de las Canarias. Se trata del párrafo que más ha influido de todo el mencionado periplo: «En el extremo más lejano de esta bahía había una isla como la anterior, también con un lago en el cual había otra isla llena de salvajes. Desde lejos podíamos observar que la mayor parte eran mujeres con cuerpos peludos, a las que nuestros intérpretes llamaron gorilas. Les perseguimos pero no pudimos capturar a ningún hombre, pues todos ellos estaban acostumbrados a trepar por las rocas y lograron escapar, tirándonos piedras. Cazamos tres mujeres, que mordieron y golpearon, resistiéndose ante los que las prendían. Las matamos, les quitamos la piel y las llevamos a Cartago»⁵⁴.

Aquí destaca la cita de los gorilas que no es concluyente puesto que en el siglo XIX recibieron el nombre como herencia indudable de este texto clásico. Si todo el relato de Hannón tiene perfecto carácter de verosimilitud, es justamente en este último de sus fragmentos en el cual vemos romperse la línea de sobriedad en el relato. En nuestra opinión nos hallamos ante una clara invención novelesca, donde la realidad de la exploración aparece totalmente deformada. Y eso se produce justo en el texto que más iba a influir en la antigüedad clásica. Hannón habla de dos conjuntos de islas, el primero de ellos de naturaleza volcánica, el segundo poblado por esos extraños seres. Esta será la base de distinción futura entre dos conjuntos diferentes de islas.

16. Todas las restantes descripciones acerca de islas atlánticas visitadas por los cartagineses no parecen coincidir con las Canarias sino con Madeira. Así se deduce de las descripciones de la misma. La primera de ellas la encontramos en el texto conocido como de Pseudo-Aristóteles: «Dicen que en el mar, fuera de las Columnas de Heraklés, los cartagineses descubrieron una isla desierta pero poblada de toda clase de árboles y cruzada por ríos navegables. Esta isla es admirable por sus

⁵⁴ *Periplo de Hannón*, 18.

frutos. Estaba muy lejana de la tierra firme, de la que distaba días de navegación. Su fertilidad hizo que los cartagineses la visitaran a menudo, y algunos hasta llegaron a establecerse allí»⁵⁵.

Un texto muy similar encontramos en Diodoro de Sicilia: «Así pues, por los motivos ya citados, los fenicios, explorando las costas más allá de las Columnas, merodeando el litoral de Libia, fueron arrastrados por fuertes vientos a una larga navegación por el Océano. Azotados por la tempestad durante muchos días, fueron llevados a la mencionada isla y una vez que exploraron su floreciente prosperidad y condiciones naturales, la dieron a conocer a todos...»⁵⁶. Esta isla nos la había descrito anteriormente como situada «en alta mar, notable por su tamaño, que yace en medio del Océano y dista de Libia muchos días de navegación, estando extendida hacia Occidente, posee un suelo fértil, abundante zona montañosa y considerable porción de llanura que destaca por su belleza. Surcada así, de parte a parte, por ríos navegables, recibe de ellos su riego y posee multitud de jardines plantados de árboles de todas clases y numerosos cultivos...»⁵⁷.

Estos textos que hemos recogido parcialmente nos indican que los cartagineses no solamente conocieron las islas Canarias, reflejadas en el periplo de Hannón, sino también Madeira. Pero además nos indican que para los cartagineses era mucho más aplicable a Madeira la consideración de isla de los Afortunados.

17. El redescubrimiento de las islas Canarias se volvió a producir a finales del siglo II a. de C. y comienzos del siglo I a. de C. Fue entonces cuando, fundamentalmente desde la *Hispania* romana, se tomó conocimiento real de la existencia de un grupo numeroso de islas al final de la *Maurosía*. Los datos que poseemos acerca de este conocimiento directo son muy fragmentarios. No obstante, son los suficientes como para que podamos observar cómo se concretó en las islas Canarias el viejo mito de las islas de los Afortunados.

⁵⁵ PSEUDO-ARISTÓTELES: *De mir. ausc.*, 84.

⁵⁶ DIODORO, V, 20.

⁵⁷ DIODORO, V, 19.

No cabe duda de que fueron los habitantes del Sur de *Hispania* los que se encontraban en mejores condiciones para la navegación por estas aguas. Más concretamente, los habitantes de *Gades* (Cádiz) se caracterizaban por desarrollar profusas navegaciones en el Atlántico⁵⁸. El mismo Caio Plinio indicaba que *Gades* era el centro de las navegaciones hacia el Atlántico al Sur de la *Maurosía*⁵⁹. Y en diversos centros del Marruecos antiguo, situados en la costa oceánica hasta el Sur del país, se han hallado numerosas monedas acuñadas por *Gades* en el siglo I a. de C., lo cual demuestra la profusa navegación de los comerciantes y pescadores gaditanos⁶⁰.

Y estas navegaciones los llevaron hasta las islas Canarias. Fueron éstos los primeros contactos occidentales con las islas, y en los que se basó su identificación con las Canarias. La llegada de los gaditanos a las islas debió de ser relativamente frecuente. Por ejemplo, sabemos que a finales del siglo II a. de C. una de las islas Canarias, considerada como «desierta pero bien provista de agua y cubierta de abundante vegetación», fue mencionada por el explorador Eudoxos⁶¹. Y las Canarias, de las cuales se conocían solamente dos islas, eran ya conocidas como islas de los Afortunados en la referencia de los marinos

⁵⁸ J. GAGÉ: «Gades, l'Inde et les navigations atlantiques dans l'Antiquité», *Revue Historique*, 205, 1951, pp. 189-216; A. GARCÍA Y BELLIDO: «Iocosaee Gades. Pinceladas para un cuadro sobre Cádiz en la antigüedad», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 129, 1951; C. FERNÁNDEZ CHICARRO: «Cádiz, sede milenaria de marinos», *Helmántica*, 4, 1953; A. M. GUADÁN: «Gades como heredera de Tartessos en las amonedaciones conmemorativas del Praefectus Classis», *Archivo Español de Arqueología*, 34, 1961, pp. 53 y ss.; W. SESTON: «Gades et l'Empire romain», *Cuadernos de Historia*, 2, 1968, pp. 1 y ss.; M. J. JIMÉNEZ CISNEROS: *Historia de Cádiz en la antigüedad*, Cádiz, 1971; J. F. RODRÍGUEZ NEILA: *El municipio romano de Gades*, Cádiz, 1980.

⁵⁹ PLINIO: *N. H.*, II, 169.

⁶⁰ La relación de monedas de *Gades* aparecidas en la antigua *Mauritania*, como documentación de comercio y actividades pesqueras, la hemos recogido en E. GOZALBES: *Economía de la Mauritana Tingitana (siglos I a. de C.-II d. de C.)*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1987.

⁶¹ STRABON, II, 3, 4-5.

gaditanos al general romano Sertorio⁶². De estas citas se deduce que los gaditanos viajaban con cierta frecuencia a estas islas del Atlántico. Tanto Plutarco como Salustio afirman que se trataba de dos islas que gozaban de una natural fertilidad. Debido a ello, es bien evidente en la cita de Plutarco que los gaditanos identificaban estas islas con las de los Afortunados o Campos Elíseos.

Esta cita que comentamos creemos que resulta preciosa para el objeto de nuestro trabajo. De ella se deduce que fueron los marineros de *Gades* los primeros que identificaron las islas de los Afortunados con las conocidas del archipiélago canario. Nos hallamos, por tanto, en el justo momento de superación de las fases anteriormente citadas con respecto a la ubicación. Primero se establece el mito de los Campos Elíseos o tierra de los Afortunados. En segundo lugar, el mito se ubica en una isla o islas y se colocan en el Océano Atlántico. En tercer lugar, se buscó la situación de esas islas en una zona del Atlántico que permitiera, por su clima, la existencia de una tierra de felicidad y fertilidad. En esta cuarta etapa, fueron los marinos de *Gades* los primeros que identificaron con esas islas de los Afortunados aquellas concretas del archipiélago canario que habían conocido.

18. Los datos aportados por los marinos de *Gades* alcanzaron una cierta difusión en el mismo siglo I a. de C. Son precisamente los únicos conocidos por el geógrafo griego Strabon en la época del cambio de Era. En un párrafo Strabon indicaba que «las islas de los Bienaventurados están situadas frente a la *Maurosía*, hacia los confines del Occidente»⁶³. Pero en otro párrafo, más significativo, habla de la referencia de los poetas a «estas islas de los Afortunados, en las que reconocemos hoy alguna de las islas que están situadas no lejos de la extremidad de la *Maurosía*»⁶⁴. Los poetas habían inventado un mito y en

⁶² SALUSTIO: *Hist.*, I, 100; PLUTARCO: *Sert.*, VIII. Hay que tener en cuenta que para *Gades* la existencia de las islas de los Afortunados, en la zona de navegación controlada por ella, suponía un considerable punto de prestigio.

⁶³ STRABON, I, 1, 5.

⁶⁴ STRABON, III, 2, 13, que inmediatamente cita estos territorios como

esa época se relacionaba con alguna o algunas de las islas del archipiélago de las Canarias. Esa ubicación de las islas de los Afortunados en las Canarias, mencionada por Strabon, había sido precisamente obra de los marinos gaditanos.

Por otra parte, en el siglo I a. de C. las islas Canarias fueron exploradas o visitadas en otras ocasiones. De hecho, sabemos de la exploración realizada al menos en dos ocasiones. Indudablemente fueron más las ocasiones en las cuales las Canarias fueron visitadas en esas fechas. No obstante, solamente se conoce la existencia de dos informes acerca de las islas Canarias. Tanto en un caso como en otro, los exploradores dieron por hecho lo que los marinos de *Gades* habían ya considerado: que las islas Canarias no eran otras que las de los Afortunados cantadas por los poetas.

El primero de estos exploradores será Estacius Sebosus, un personaje cuyo informe menciona Caio Plinio. A juzgar por los datos conservados, Sebosus consideraba la existencia de tres grupos distintos de islas. El primero de ellos, muy distante de las restantes, eran las islas de las Gorgonas⁶⁵, relacionables con la isla de los gorilas del «Periplo de Hannón». Dada su distancia, esta/s isla/s deben de ser identificables con Madeira. A continuación cita otro grupo de islas que menciona como de las Hespérides; finalmente las Afortunadas propiamente dichas⁶⁶. En el caso de las islas Hespérides nos hallamos con la referencia a un primer grupo de las Canarias, mientras las Afortunadas serían *Invallis* (Tenerife) y *Planasia* (Gran Canaria).

El segundo de estos exploradores fue el rey *Iuba II* de la *Mauritania*. Es dudoso que el propio rey participara en la exploración, no obstante fue quien mandó realizarla y el que reflejó los resultados en sus escritos. De *Iuba* recogió los datos Caio Plinio el enciclopedista⁶⁷. Los datos que nos ofrece sobre las mismas son bastante precisos y son generalmente conocidos y comentados por parte de los que han estudiado las referencias

situados frente a *Gades*, lo que indica claramente la relación de sus navegantes con las islas Canarias.

⁶⁵ PLINIO: *N. H.*, VI, 201.

⁶⁶ PLINIO: *N. H.*, VI, 202.

⁶⁷ PLINIO: *N. H.*, VI, 203-205.

clásicas a las islas Canarias. Ya *Iuba II* daba por sentado que las islas que había mandado explorar no eran otras que las famosas Afortunadas. A partir de ese momento, todos los autores clásicos, fundamentalmente los poetas y los retóricos, mencionarán las islas de los Afortunados como plenamente ubicables en el archipiélago canario.

19. La identificación de las islas de los Afortunados con las Canarias será algo plenamente vigente en la Edad Media. Tanto los cristianos como los musulmanes en sus escritos reflejarán la tradición clásica acerca de las mismas. No obstante, en un caso y en el otro utilizarán fuentes de documentación diferentes. Los cristianos utilizarán autores religiosos de la antigüedad tardía. En primer lugar, Orosio que había señalado que «los últimos territorios de África son, concretamente, el monte Atlas y las islas que llaman Afortunadas»⁶⁸. Y en segundo lugar Isidoro de Sevilla: «Afortunadas. Con su vocablo se significa que tienen todos los bienes, considerándolas como felices y dichosas por la abundancia de sus frutas. Espontáneamente dan fruto muy rico los árboles, los montes se cubren de vides espontáneas, en vez de hierbas hay mieses; de ahí el error de los gentiles y los versos de los poetas que juzgaron que estas islas, por la fecundidad, constituían el paraíso. Están situadas en el Océano, a la izquierda de Mauritania, próximas al Occidente y separados de ella por el mar»⁶⁹. Orosio e Isidoro de Sevilla serán los textos seguidos por cristianos medievales para considerar la existencia real de las islas de los Afortunados.

La tradición seguida por los autores árabes será, no obstante, diferente de la anterior. Y además de diferente resultará bastante más precisa. Concretamente se seguirán las indicaciones realizadas por el geógrafo Claudio Ptolomeo en el siglo II. En los primeros geógrafos orientales que, ya en el siglo IX, mencionarán las islas de los Afortunados, o islas Eternas, está bien clara la utilización de Ptolomeo como base de documentación.

⁶⁸ OROSIO: *Adv. Pag.*, II, 9.

⁶⁹ ISIDORO: *Eth.*, XIV, 6, 8.